



# MEDICAMENTA



S U P L E M E N T O I N F O R M A T I V O

Se publica todos los sábados • Editado por el Instituto Farmacológico Latino, S. A. • Sección de Información Científica y Propaganda • Redacción y Administración: Ríos Rosas, 57 - Apartado 160. Central telefónica 253 93 00 - Madrid

TOMO XXXVII

MADRID, 9 DE JUNIO DE 1962

NUM. 128

\* TRIBUNA LITERARIA \*

## “LOS ALGARROBOS”

CUENTO

SUSANA MARCH

Las dos casas estaban frente por frente. Una era de pretenciosas líneas modernistas, festoneadas ventanas, ancho portalón encristalado y un jardín al fondo, por encima de cuyas tapias se erguían las rugosas columnas de las palmeras. La otra era una casa campesina, de encalada fachada y dos pequeños ventanucos a ambos lados de la amplia puerta, que se abría oscura y negra como la boca de una mina. Detrás estaba el huerto, los corrales y la cuadra.

Las dos niñas se miraban siempre, de ventana a ventana, con aire curioso e interrogador. La de la casa modernista había llegado aquel verano y todavía llevaba en la cara el color triste de la ciudad. Era morena, delgada y su nariz parecía un chasquido en el menudo rostro. La campesina, en cambio, era rubia y pecosa, y su boca, ancha, al sonreír, dejaba entrever unos dientes mellados y demasiado grandes.

—Me gustaría jugar contigo—dijo un día la niña pálida de la ciudad.

—Bueno—dijo la niña del campo.

Y jugaron. Mamá abrió la puerta y dejó que la niña soleada penetrara en el recoleto ámbito familiar. Jugaron a comiditas, a ponerse vestidos, y merendaron pan con chocolate. No lo pasaron del todo mal. Pero al día siguiente la niña del campo dijo:

—Ven tú a mi casa...

La mamá consintió. Al fin y al cabo, solo tenía que cruzar la calle.

Lo pasaron bárbaro. Detrás del huerto, los corrales y la cuadra, había un campo de algarrobos. Pero para llegar a él había que saltar una tapia. La saltaron. La

niña de la ciudad se arañó las rodillas y gimoteó un poco.

—No es nada—dijo la niña del campo.

Alcanzó una algarroba del árbol y empezó a comerla. Luego le alargó otra a la niña de la ciudad. Esta no se decidía.

—¿Es buena?—preguntó.

—Mejor que tu chocolate—dijo la niña del campo.

Y tenía razón. Parecía, al comerla, que se tragase todo el paisaje con los montes, la hierba, el sol y los insectos incluso.

—Está rica—dijo la niña de la ciudad.

No jugaron a comiditas. Se subieron a los árboles y brincaron sobre las piedras del riachuelo.

La niña de la ciudad llegó tarde a casa, ya sin sol, con la ropa sucia y el pelo desgreñado. Los labios, la lengua, los dientes, negros como las mismas algarrobos.

—No te dejaré ir más—dijo la mamá, que era una señora como se debe ser.

La niña de la ciudad volvió desde aquel día a acechar a la otra desde su ventana. La otra se asomaba a veces y se ponía bizca y le hacía los gestos más raros. Hasta le sacaba la lengua. Y seguía masticando algarrobos.

Las algarrobos se convirtieron en una obsesión para la niña de la ciudad, que empezó a ponerse más pálida cada día. La sacaban

al jardín y la rodeaban de juguetes. Incluso le compraron una muñeca nueva. Pero la niña no quería jugar.

—¿Qué te pasa?—le preguntó, al fin, la mamá, que era una mamá como otra cualquiera.

—Que me aburro—exclamó la niña de la ciudad—. Quiero ir a jugar a la casa de enfrente.

Y la dejaron ir, no sin muchas advertencias sobre lo de ensuciarse la ropa y demás.

Aquello era la gloria. El campo de algarrobos era el cielo en la tierra. Trepaban a los árboles, trepaban a los muros, trepaban al pajar. A veces se metían en el río hasta que el agua les llegaba a los muslos. A veces, incluso, se quedaban quietas, mirando nada, mudas, como vegetales, sentadas bajo la sombra del más viejo y más grande de los algarrobos, el que estaba junto al camino de los leñadores. Estos, al pasar, les hacían adiós con la mano.

La madre de la niña de la ciudad le arreglaba la merienda en una bolsita de algodón azul: pan con chocolate. Era una merienda que a la niña de la ciudad le sabía a lustre de muebles, a alcoba en penumbras, a novena y a encierro.

En cambio la niña del campo se iba a merendar a su casa. Y la niña de la ciudad se estaba quieta contemplando cómo su amiga engullía un succulento plato de pisto, que colocaba sobre las rodillas. ¡Ah, qué hubiese dado la niña de la ciudad por comer lo mismo! Pero también ella era una niña como se debe ser y callaba. Pero una vez dijo:

—¿Me dejas probar?

Y aquello era mejor que las al-



S. O. E.

## DOCECRISINA

Vitamina B<sub>12</sub> purísima



garrobas, mejor que trepar a los árboles, mejor que nada. Todo el huerto pasado por la sartén.

\* \* \*

Volaron los años y la niña de la ciudad dejó de ser una niña y la otra también. Se hicieron altas y hermosas. A la niña de la ciudad le creció un poco más la nariz y a la del campo se le achicaron los dientes. Las dos tenían de todo y se les notaba. Pronto la del campo rodó bajo un algarrobo y, al tiempo, trajo al mundo un chico más majo que un sol.

Pero la madre de la muchacha de la ciudad, que, como ya sabemos, era como debía ser, prohibió a su hija que se tratase con la vecina de enfrente. La señorita—porque era, naturalmente, una señorita—obedeció. Cuando se encontraba con su antigua compañera de juegos, alzaba la nariz, un poco más larga y afilada que cuando era niña, como si un ángel se la hubiese estirado con el pulgar y el índice. La otra no se incomodaba; sonreía y hacía saltar sobre sus rodillas a aquel cachorrillo color de miel. La muchacha de la ciudad miraba de reojo. Seguía envidiando a la chica del campo. Antes, el pisto y las algarrobas. Ahora, aquel mocoso.

Ningún novio era lo suficiente bueno para la señorita de la ciudad. La madre cumplía bien su obligación de velar por ella. Su viudez la hacía más cauta, si cabe. La señorita fue devanando años igual que se devana el hilo de una interminable madeja, y aunque seguía teniendo de todo, cada vez le servía para menos.

Entre tanto la moza de enfrente se había casado, a pesar del revolcón, y engordaba a ojos vista del gozo de vivir.

Un día que la señorita se encontraba sola en la casa modernista, con ventanas festoneadas, cruzó la calle y se metió de rondón en la casa de su amiga. El zaguán estaba fresco y olía a maíz y a vino.

—Quisiera volver a ver el campo de algarrobos...—dijo, con timidez.

—Pase usted—respondió la campesina con el respeto debido a la gente de la ciudad.

La señorita cruzó el huerto, los corrales, la cuadra y se puso de puntillas para mirar por encima del muro. Allí estaban. Eran grandes, anchos, fuertes. El negro fruto pendía de ellos como navajas reluciendo al sol.

—¿Fue aquí?—preguntó la señorita.

—Sí. Bajo el algarrobo grande...  
—replicó la campesina, entornando los ojos, quién sabe por qué.

—¿El que está junto al camino de los leñadores?

—Ese...

La señorita entornó los ojos también. Pero como era eso, una señorita, no hizo más preguntas y se volvió a su casa más triste que antes.

Sin embargo, desde aquel día, todas las tardes se iba a sentar bajo el algarrobo grande, junto al camino de los leñadores. Y un día pasó uno que tenía el cuello más fuerte que la testuz de un toro. Y la miró. Y ella bajó los ojos y dijo que sí con la sonrisa. Y el hombre volvió a pasar otro día. Y ella volvió a decir que sí.

Hasta que el leñador dejó su carga y fue a descansar bajo la sombra fresca.

La boda se celebró en la intimidad, porque el novio—un caballero de la ciudad—no estaba ya para muchos trotes y la señorita menos.